

la frontera, resolvieron acatar las disposiciones del Gobierno de Veracruz.

El general Zuazua pidió entonces á Degollado una licencia, que éste le concedió, y se retiró á la vida privada.

Vidaurri sintió entonces el vértigo del despecho, y osó dirigirse á Degollado pidiendo á éste que le entregara á Quiroga para castigarlo; el general en jefe se negó á semejante atentado. Vidaurri entonces levantó con su decreto de 5 de Septiembre de 1859 el estandarte de la rebelión llamando á las fuerzas de Nuevo León y Coahuila; pero, arrastrado por la versatilidad de su carácter, modificó después su decreto reconociendo al Sr. Juárez, desconociendo al Sr. Degollado, y poniendo á éste fuera de la ley.

No sabemos si por la inspiración del Sr. Degollado, ó por el deseo de los jefes fronterizos de acabar con la perniciosa influencia de Vidaurri, el hecho fué que el general Zaragoza y el coronel Escobedo, solos, sin fuerza alguna, marcharon á Monterrey donde hicieron el 25 de Septiembre un pronunciamiento contra Vidaurri, á quien aprehendieron en el mismo palacio. Después se le expidió un pasaporte para que saliera de la ciudad, encargándose del gobierno el general Aramberri por nombramiento del Sr. Degollado, aprobado por Juárez.

Pero "al carácter de Vidaurri cuadraba vencer dificultades," como él mismo decía en una carta que alguna vez escribió al que traza estas líneas. Reunido en Lampazos con Zuazua, á quien arrastró en tan mal camino, ambos recorrieron los pueblos del Norte, y con la corta fuerza que organizaron, eludido á la que salió á combatirlos, llegaron casualmente á las orillas de Monterrey, en cuya plaza mandaba Zaragoza.

Entre hombres de la misma comunión política, hermanos de armas, que juntos habían vencido á la reacción, fácil fué tener un arreglo que evitara otra colisión sangrienta y se convino que renunciase Aramberri el gobierno, substituyéndolo el Presidente del Tribunal, y convocándose á elecciones de gobernador del Estado. Irregular fué esa decisión de la mayoría, puesto que el Presidente Constitucional había aprobado el nombramiento de Aramberri; pero urgía á los heroicos fronterizos terminar aquella cuestión local, para prestar mejor sus servicios contra la reacción tacubayista. Nombrado gobernador el Sr. Vidaurri, poco duró la calma política, pues habiendo pedido este funcionario facultades extraordinarias al Congreso, éste se las negó

y los diputados, sostenidos por Aramberri, Escobedo, Martínez, Treviño, García y otras, se retiraron á Galeana, organizando allí un gobierno provisional.

La lucha iba á empeñarse, y Aramberri desprendió fuerzas para el Saltillo, cuando Zuazua y Vidaurri salieron con tropas para atacarlo; en la noche del 30 al 31 de Julio de 1860 pernoctaron estos jefes en el rancho de San Gregorio, acompañados de algunos ayudantes y una escolta. Llegaba á la vez á un monte inmediato una pequeña partida de congresistas, capitaneada por el coronel Eugenio García, que había salido de Galeana con rumbo á Pesquería, y marchaba con desconfianza para no encontrarse con el enemigo.

Los congresistas hicieron alto, y temiendo bajar al rancho, enviaron sólo á un mozo que comprara pastura para los caballos tornó; poco después éste dando parte de que se encontraba allí Vidaurri y Zuazua, casi solos; resolvieron entonces los congresistas dar un *al-bazo* á éstos, y permanecieron quietos las primeras horas de la noche.

Después de media noche, y á la luz de una luna espléndida, García con los suyos se dirigió con cautela al rancho y asió este penetrando al patio. Allí, en un corredor, dormían los dos jefes, quienes despertaron á los primeros tiros.

Al ponerse en pie Zuazua cayó herido de una bala, muriendo en el acto. Los congresistas se retiraron irroteándose con la fuerza que los perseguía.

Así murió el héroe nuevoleonés, cuya noble figura se destaca en nuestra historia, entre los egregios patricios que tantos servicios prestaron á la libertad y á la Reforma.

Juan Zuazua, el que tantas veces salvó los pueblos del Norte de las asaltadoras escursiones de los salvajes; el que con tanto brillo se batió contra el invasor yankee; el que con sus rifleros á caballo implantó una táctica con la cual las huestes republicanas barrieron al disciplinado ejército reaccionario; el valiente caudillo que, el primero, venció al primero de los generales del clero; al que éste nombraba "el invicto Miramón;" el inmortal Zuazua, en fin, llegó á ser la encarnación de un artido y la esperanza de una causa que significaba la salvación de la República.

¡Cuánto sería el valer de un jefe, según dice uno de sus biógrafos, á cuyas órdenes militaron Zaragoza, Escobedo, Treviño, Martínez, Hinojosa, Blanco, Garza Ayala, Guerra, Zayas, muchos de los cuales tienen ya nombres históricos! Cuantos conocieron á aquel

soldado no olvidan su marcial apostura, su mirada penetrante, su frente pensadora y lo correcto y viril de sus maneras. Sereno en el peligro y arrojado en el combate, era irresistible su empuje en el ataque, y á eso debía sus triunfos.

En las inmensas soledades del desierto aprendió, amar la libertad, y adquirió la inquebrantable firmeza de opiniones que fué el principal distintivo de su carácter.

Llegaba al fanatismo su amor por el ideal democrático, y esa exaltación política fué lo que lo ligó tal vez tan sólidamente con Vidaurri, á quien profesaba, no sólo una amistad incondicional, sino una firme adhesión, por creerlo el representante único de los principios radicales del liberalismo.

El tiempo borró para siempre hasta el recuerdo de las disensiones locales que entonces se suscitaron en la Frontera, y que desparecieron al unirse los beneméritos caudillos nuevoleonés contra los enedimigos de la Re-

pública. Y hoy no es sólo el benemérito Estado de Nuevo León el que cife con aureolas de gloria el nombre del general Juan Zuazua; es la patria que lo coloca entre sus inmortales. (1)

HILARION FRIAS Y SOTO.

(1) Tomamos esta biografía del *Siglo XIX* correspondiente al día 15 de Septiembre de 1895, fecha en que fueron inauguradas en el Paseo de la Reforma de la ciudad de México, las estatuas levantadas allí por el Estado de Nuevo León al general Zuazua y al Doctor Servando Teresa de Mier. Aquel diario de México dedicó una edición de esa fecha á las biografías de estos dos hombres ilustres con motivo de la consagración de sus estatuas, y de la cual tomamos la de Zuazua ya porque está escrita bajo un criterio idéntico al que ha inspirado los trabajos biográficos del presente libro, ya porque la fuente de los datos que sirvieron al Sr. Frias y Soto, sería la misma á que nosotros habríamos recurrido para escribirla sin más alteración de ellos que la forma para presentarlos, literariamente hablando, sin mejorarla indudablemente, pues reconocemos la competencia del autor de la que reproducimos.—Nota del Editor.



## VICENTE GARCIA TORRES.

POR un conjunto peculiar de condiciones, entre las cuales la posición geográfica aparece como elemento principal, es el pequeño lugar de la República donde ví la luz de los primeros años, en lo social un puerto contra las borrascas revolucionarias, como en lo físico un abrigo contra las tempestades del mar.

La vida aquí ha trascurrido sin accidentes trágicos, sin explosiones sangrientas, y la historia doméstica—paréntesis sereno en el turbión de nuestros sucesos—está caracterizada por la tranquila evolución del trabajo.

Allí los grandes sucesos locales se esperan siempre del mar, pero el mar es teatro donde el comercio desempeña con el mismo argumento de velas que llegan y velas que se van, el rutinario y siempre pintoresco tráfico de altura y cabotaje.

Sustraido por su aislamiento á las influen-

cia política; es un pueblo que no tiene anales históricos, ni sabe nada de conflictos sociales.

Y por eso tal vez, las narraciones de la historia patria tempestuosas y febriles, encienden en la imaginación juvenil veheméntísimos deseos de conocer ese mundo de hazañas y de luchas, y México, la ciudad revolucionaria, tiene el atractivo de lo monumental, en que toma cuerpo la magia histórica y se presentan vivas y palpables las odiseas contemporáneas.

Encerrada en los estrechos horizontes de aquella pacífica porción de nuestro territorio, sentí como otros muchos jóvenes el aguijón de esa curiosidad insaciable.

Quería yo satisfacer la necesidad de ver bajo todas sus formas, las imponentes producciones de las colectividades poderosas. Quería saber cómo era un héroe, pero uno de esos héroes aclamados por la admiración nacional; quería ver campeones vivos, caudillos animados, grandes hombres, poetas, escrito-

res, en fin, todo lo que había llegado hasta mí, en alas de la celebridad, y este anhelo era en una pasión, cuando para comprender estudios profesionales llegué á la capital de la República.

Varios años después, todos los días á las once de la mañana, veía yo salir de la casa de Correos, calle de la Moneda, á un anciano de gran estatura, el paso ya coito y vacilante por la edad, la cabeza constantemente agitada por característica convulsión s-nil, el bastón siempre en alto y llenas de periódicos las manos y bolsas de su largo paletó negro.

No tuve necesidad de que me dijeran su nombre. La primera vez que lo ví salir del Correo, tuve una intuición, que después resultó corresponder exactamente con lo cierto. Con la seguridad de haber atinado, interrogué á la persona que me acompañaba y ésta con una sonrisa de familiar orgullo me contestó:

—Ese! ese!..... es Don Vicente. No me había equivocado: era Don Vicente García Torres, era el *Monitor Republicano*.

El origen de Vicente García Torres es como el de casi todas las grandes figuras de nuestra democracia, oscuro y humilde. Hijo del pueblo, surgió á la luz, del misterioso y fecundo laboratorio común. Todavía forma parte nuestra nación, de los dominios de España, cuando nació Vicente García Torres en Pachuca, capital del que hoy es Estado de Hidalgo, hacia el año de 1811.

Sus padres fueron Don Marcos García y Doña Ventura Bosturia, originarios del mismo lugar y probablemente agricultores ó comerciantes. Es de presumirse que habiendo nacido de familia pobre, así como en una época en que la enseñanza estaba muy lejos de tener la significación é importancia á que se ha elevado hoy en la conciencia social, no haya sido muy esmerada la instrucción del niño, limitándose á recibir las nociones elementales y hasta cierto punto incoherentes de la que se impartía bajo el exiguo patrocinio de la pobreza municipal.

Pocos, muy pocos son los datos que la escuela suministra á la preparación del futuro luchador. Aquí todo es personalidad, infatigable acción de la ayuda propia.

Guardo viva todavía la impresión de un hecho que siempre me condujo á involuntarias y hondas reflexiones.

Pude presenciar en los últimos años de aquella vida, el espectáculo de esa lucha que con la naturaleza sostienen los hombres de gran carácter resistiéndose á la decadencia, resueltos á no deponer de su energía sino la parte fatalmente indisputable á los achaques

de la edad. Así el tiempo fué limitando gradualmente el vasto campo que su actividad había llegado á ocupar en *El Monitor Republicano*.

Cuando yo le conocí se mantenía ya en el último reducto. Hacía mucho tiempo que la pluma había caído para siempre de sus manos. Así quedó inutilizado para esta parte de la lucha, sin abandonarla como director y administrador del periódico. Así se mantuvo hasta sufrir de los años nueva expropiación de fuerzas y disposiciones indispensables al trabajo, y cuando había llegado el momento de confiar á otras manos sus tareas, aquel hombre que tenía tantos títulos para el descanso, que había acumulado tantos elementos para dar á sus miembros fatigados la tregua última que la vejez reclama imperiosamente, él, que representaba aun cruzado de brazos, la patente de un nombre lleno de gloria, la razón social de un prestigio histórico, la dirección honoraria de una hoja favorita del pueblo, él, desempeñó hasta el último instante, cierta parte de trabajo que había llegado á ser de ilusoria utilidad. Todos los días emprendía aquella marcha laboriosa, discurriendo penosamente entre la multitud que inunda las calles de San Francisco y Plateros, rumbo á la oficina de Correos para recoger el *cambio* de periódicos. Y luego cargado de legajos, empezaba el viaje de pasos contados, la peregrinación fatigosa del regreso hasta la calle de Letrán..... Allí en la redacción se le esperaba siempre con filosofía; indagábase tranquilamente si había llegado la *correspondencia*, resignados á todo evento había que dejar siempre las noticias del exterior para última hora.

Al fin resonaban en la tortuosa escalera los pasos de Don Vicente, bien conocidos ya por el trabajo y lentitud de la ascensión.

Muchas veces le ví entrar apretando entre sus brazos los papeles, con un ademán de impaciente energía, porfiando con aquellos musculos que se doblaban, con aquellas articulaciones relajadas, con toda aquella máquina que crujía de cansancio senil que vacilaba resistiéndose al movimiento y parecía incorporarse obedeciendo solo á una voluntad enhiesta aun entre las ruinas de la edad.

Al contemplar esta voluntad de fierro, bregando todavía; aquella materia solicitada ya por la inercia de la vida, pensé muchas veces que allí, la actividad y la resolución deben haber tenido enérgicas y hasta precoces manifestaciones. Fué ese elemento descubierto poco tiempo antes del derrumbamiento completo, precioso rato de reconstrucción, para quien siempre tuvo como yo el deseo de ahon-

dar entre las sombras de un origen soterrado por el tiempo y el olvido, y recoger en una biografía los restos dispersos de una excelente personalidad.

Los grandes centros ejercen sobre las pequeñas poblaciones una influencia abserbente poderosa. La metrópoli se forma de un contingente humano, arrancado por esa misteriosa afinidad que se impone como una gravitación social hasta en los puntos más remotos del territorio nacional. La capital, llena de seducciones irradia su fascinación, penetra en las ciudades, pueblos y aldeas engendrando aspiraciones febriles, diezmando su juventud, que un día arrastrada por una fuerza incontrastable se lanza al camino, abandonando hogares y tierra en pos de la voráGINE, de la gran ciudad, teatro de la lucha y campo en que se labra la gloria, la grandeza, la posteridad.

Entonces empiezan las guerras sordas, las espantosas batallas libradas entre las sombras de la vida, porfiando, braceando, con las formidables olas! Oh piélagos social, insondable y negro! ¡qué borrascas tan horribles escondes en tu seno! Surgir... flotar, tal es el privilegio de los elegidos. Pero cuántos naufragios desconocidos; cuántos esfuerzos destrozados yacen en tu fondo tenebroso.....!

García Torres, fué uno de esos jóvenes solicitados por la aspiración salvadora del porvenir. El, como otros muchos, cuyos nombres son familiares, dejó el hogar aceptando el problema, y resolviéndolo gloriosamente.

Así vino á la capital, recordando a esos hombres célebres de quienes la anécdota nos dice, cómo una hermosa mañana dejan la escondida aldea, sin relaciones, sin recursos, rumbo á Londres, á Paris, ó á cualquier gran mundo, y son después los poetas laureados, los grandes escritores, los genios de la guerra, de la banca, los tempestuosos tribunos ó los plutócratas formidables.

Así, García Torres fué atraído por la fuerza de selección de los grandes centros. Activo y fuerte, buscó en el trabajo material la manera de proveer á su subsistencia, el trabajo que como veremos después fué la base de sus relaciones, de una gran parte de su fortuna y por último de su notable personalidad.

Era el año de 1822. La idea monárquica en México contra la cual se expresó en 1812 la primera tendencia liberal en el Congreso de Chilpancingo, había reconquistado casi por completo, el terreno perdido. Al consumarse la Independencia, ya el país se encontraba de nuevo en plena reacción monárquica. El taptado de Córdoba expresión de las ideas reaccionarias, es una prueba manifiesta de esta reac-

ción. Desde entonces, las oscilaciones de estas dos ideas, Monarquía y República, se hacen más sensibles. Es el vicio original que el nuevo pueblo tenía que purgar. La parte hereditaria, el elemento tradicional por un lado y por otro el genio local, la naciente personalidad de un pueblo nuevo, de pueblo libre que quiere ser por sí mismo.

Iturbide, aunque consumidor de la Independencia, representa en México al heredero del poder colonial. El fué quien desnaturalizó la idea madre de la emancipación, hasta reconstruir un trono con el prestigio y con la fuerza del triunfo que se hab'a alcanzado contra el viejo trono español. Repuesto el naciente partido que bien podemos llamar ya liberal, vindica en 1824 el poder público, y fundó sobre los destrozos de la primera monarquía nacional la primera República.

Quince años de luchas habían engendrado ya un tercer elemento: el militarismo, que fué como lo veremos después la funesta levadura de todos los despotismos, de todas las ambiciones y de todas las desgracias públicas. La República había aparecido para morir, porque entonces el primer día de triunfo de cualquier gobierno era también el primero de su decadencia. La tendencia anti-democrática revestía varias formas; partido borbónico, realista español, clero, iturbidista transformado por el desastre en moderado, en partido de transición, y militarismo. El partido liberal se presentaba aunque débilmente todavía en una nueva forma: el reformista ó radical. Guerrero fué derrocado por un movimiento puramente militar que abrió paso á Bustamante, cuya jefatura representa el primer escalón por donde las ideas de 1824 empiezan á derrumbarse hasta el abismo de un absolutismo espantoso. En 1832, estallan nuevos trastornos y aparece en la escena política, como Presidente de la República Don Antonio López de Santa-Anna y como vicepresidente Don Valentín Gómez Farias. Los habitantes de Jalisco, piden por conducto de su gobernador, que se establezca el centralismo. Las Cámaras se declaran contra el vicepresidente desconociendo su autoridad, dando la primera ejemplo de centralización legislativa y atribuyéndose facultades *extraconstitucionales* á fin de hacer reformas discretionales en la carta de 1824. El 2 de Octubre, se expidieron en fin las "Bases orgánicas" y con ellas que dó se pultada la Constitución de 1824.

Entonces se precipitan confusamente los sucesos. Todas las fuerzas entran en acción; todo conspira, todo se agita con sordo encarnizamiento. Las ideas luchan cuerpo á cuerpo. El Congreso borrata con ira las re-

formas iniciadas por Gómez Farías durante su efímera omnipotencia mientras que el partido liberal exaltaba á Bustamante, y volvía á tener influencia. La nube separatista oscurecía el horizonte por el norte; la invasión francesa aparecía en Veracruz. La voluntad nacional se descompone en una serie de aspiraciones delirantes. Un frenesí de insubordinación y rebeldía se apodera de todos los espíritus. Es la crisis, el caos social, en cuyo seno se elaboraban la discordia intestina, la humillación con Francia, la catástrofe ignominiosa y vil de la derrota y la desmembración en 1847. Pero más triste, más humillante y más ignominioso mil veces más que todo esto, la abyecta dictadura de Santa-Anna, el despotismo inmundo de aquel mutilado infame, cínico y traidor. Tal era el estado político de la época en que llegó á la Capital García Torres. Ya hemos dicho que el pedestal de toda su personalidad es el trabajo. Llegó á tener en él su más elevado ascenso; la admiración pública le otorga el más alto galardón á su firmeza, como se colma de medallas y cruces el pecho del soldado que llega á general en servicio de su patria.

Admirable resultado de la tenacidad!... Aquel triunfador había principiado su brillante carrera como soldado raso en las filas del trabajo, ganando presillas, conquistando grados en plena lucha por sí y por el progreso de su nación. Encántame considerar en esta fuerza de voluntad tan bien organizada para el éxito, aquella perseverancia hermosa, que yo reservo para una galería de cuadros morales, en donde encuentre la niñez que viene, el tierno encanto anecdótico que en mi infancia me ofrecía la historia de Franklin, aquel filósofo moralista, padre de la patria y gran ciudadano que había sido en su juventud humilde obrero.

Como él fué García Torres, un impresor. Es su primera faz de hombre trabajador. Después el obrero se hace empresario, editorialista, y desde este momento, representa un papel activo como propagandista de la civilización en nuestro país.

La revolución centralizadora del poder público que venía preparando desde 1833 la dictadura militar de Santa Anna, fué también un período de evolución para las ideas democráticas. Aquella espantosa inestabilidad de los gobiernos y de sus instituciones, correspondía á la expansión de nuevos gérmenes sociales.

Vislumbrábase en el fondo de esta anarquía la génesis laboriosa de nuevos elementos liberales. Era la etapa en que los nombres de los que después fueron campeones

ilustres empezaban á surgir como puntos luminosos en el fondo de la nebulosa política, que resolvió en estrellas la revolución de Ayutla, los triunfos de la Reforma y las hazañas de la segunda República.

Un señor Comonfort, desempeñaba en Acaapulco las funciones de Administrador de la Aduana. Entre los nuevos diputados á la legislatura de Oaxaca, había un Licenciado Juárez, cuyo nombre empezaba á resonar. En Acámbaro había un joven Nemesio Santos Degollado protegido de un Don Luis Gutiérrez Correa, que había empezado por trabajar como simple amanuense, y estaba á punto de llegar á ser contador de la Hacería del pueblo. Un Sr. Ocampo que había tenido la extravagante idea de estudiar derecho en la Nacional y Pontificia Universidad, aceptando lo que tiene de noble y honrada esta profesión: la simple ciencia de la justicia, y desechando públicamente lo que tiene aquí de pirático y sucio el título para vivir de su ejercicio. Párvulos que estudiaban primeras letras en una escuela de Jalapa eran Sebastián Lerdo y La Llave; otro en Tenango del Valle era León Guzmán; otro en Fresnillo era González Ortega, Iglesias y Zarco hacían en la capital estudios profesionales. El celebrado Altamirano de algunos años después, era un chico salvaje hijo de unos indios infelices de Tixtla. Zamora era dependiente de una tienda en Veracruz. No falta entre nuestros grandes hombres, alguno que fuese arriero, soldado ó labriego cuando García Torres pasaba por las cajas de una imprenta, muy lejos de sospechar el papel que en la obra común le reservaba el porvenir.

Y años después, el movimiento liberticida iniciado en cien revueltas contra el sistema constitucional, inspiró en la generación patriótica que se levantaba, la común resistencia contra el peligro inminente. Cada aptitud personal se convirtió en instrumento de combate, y como una expresión enérgica de esfuerzo nacional contra el centralismo, apareció el 21 de Diciembre de 1844 una hoja periódica que su fundador García Torres bautizó con el nombre de *El Monitor Constitucional* porque tenía por objeto restablecer la Constitución de 1824.

Desgraciadamente es imposible consignar aquí el nombre de todos los patricios fundadores ilustres de esta publicación. Apenas se recuerdan los de José María del Castillo Velasco, Pablo María Torrescano, Ramón Alcaraz, Luis de la Rosa, Orozco y Berra, Guillermo Prieto y Ponciano Arriaga.

*El Monitor* emprendió una lucha encarnizada contra la usurpación; pronto se hizo

de las simpatías más vehementes del pueblo así como del odio más reconcentrado del poder. Su voz fué escuchada, como un evangelio nacional, contribuyendo al triunfo de la revolución acaudillada por Salas, para el restablecimiento del orden constitucional.

La tendencia á contener el desarrollo de los principios liberales, que ha sido siempre la doctrina de todo gobierno autoritario, se presenta en esta época como un fenómeno de atomismo político. Es la tradición realista despechada por los sucesos que vinieron á frustrar el proyectado ingarto entre la independencia y un vástago del viejo trono; la tradición realista burlada por la ambición de Iturbide, usurpador de un cetro destinado por el tratado de Córdoba para una testatoga con el óleo dinástico; la tradición realista decepcionada por los fracasos que la monarquía local había sufrido otras veces, esa tradición, empezaba á manifestarse como una desmembración de la idea anti-democrática, esbaldándose en la forma de una monarquía fuerte, pederosa y respetable, en una palabra, de una monarquía extranjera para el país.

Para combatir este pensamiento funesto, iniciado en 1840 por Gutiérrez Estrada, y apoyada á la sazón por el general Paredes, apareció en el *Monitor Constitucional* el 14 de Febrero de 1846, la siguiente modificación.

"Como no hay ya Constitución que defender y siendo hoy la gran cuestión de la prensa, República ó Monarquía, nosotros que hemos profesado, profesamos y profesaremos siempre los principios que establece la primera hemos creído conveniente cambiar en parte el título de nuestro periódico y llamarle en lo de adelante *Monitor Republicano* en vez de *Monitor Constitucional* que es el título que ha llevado hasta aquí."

*El Monitor Republicano*—dice un escritor—fué el compañero más inquebrantable del liberalismo radical é intransigente: en sus columnas se atrincheraron los más brillantes escritores de la democracia, allí hicieron también sus primeras armas los jóvenes que después prestaron tan eminentes servicios á la libertad.

Por esta época los acontecimientos del Norte habíanse agravado considerablemente. Taylor avanzaba hacia la capital, y el gobierno carecía de recursos para hacer frente á la invasión. El elemento liberal que dominaba en el Congreso, inició la idea de hipotecar los bienes del clero hasta la cantidad de quince millones de pesos. *El Monitor* apoyó esta idea recomendándola como una de esas medidas supremas que el país se veía obligado á tomar para la salvación de la independencia

nacional. La reacción que esta medida produjo en el partido clerical, resolvió la segunda caída del partido liberal acaudillado por Don Valentín Gómez Farías. Santa-Anna fué llamado al poder en 1847 y volvió á la capital donde había salido para encargarse de dirigir las operaciones militares contra la invasión. Por esta época, el ejército americano había llegado á las puertas de la capital. Dividida la Nación en mil facciones, traicionada por el clero, sorprendida por el desbordamiento de todas las calamidades públicas, los soldados del Norte, atravesaron nuestro territorio sin resistencia formal, sin grandes dificultades que superar.

Al iniciarse la guerra, Don Vicente no estaba en la capital. Aquel *Monitor* que había tomado expresamente el título de *Republicano* para obstruir el pensamiento monárquico anunciado ya entre los proyectos políticos, había sido para su joven director de consecuencias desastrosas. Todavía en embrión, y ya la idea de Paredes tenía represalias terribles para sus enemigos. Don Vicente fué desterrado á los desiertos del Norte, en una pequeña población constantemente merodeada por los salvajes de Arizona.

Allí, supo que el enemigo extranjero se había desbordado. Impetuoso y desesperado, la fatal noticia produjo en él, un acceso de indignación contra el aborrecido invasor. Entonces, arrostrándolo todo quebrantó el confinamiento á que estaba sujeto, llegando á la capital después de largo y penosísimo viaje. Presentóse un día al general Santa-Anna.

—¿Usted aquí, le preguntó éste.....?  
—Sí, le contestó el desterrado.  
—¿Quién le ha llamado á usted?  
—Mi deber. Levánteme usted el destierro para defender á mi patria y después..... ¡vuelvame usted á desterrar!

Santa-Anna, admiró este rasgo de audacia y de generosidad, aceptó sus servicios, destilándole desde luego para formar parte de su Estado Mayor. El noble vecindario de la capital se agitaba en el sagrado entusiasmo de la lucha. La desesperación tuvo episodios brillantísimos. La dignidad de México se refugiaba en este pueblo desarmado: grupos de plébe acudillados por hombres de letras, se levantaban en las vías públicas, y marchaban á la muerte. Poetas, oradores, periodistas..... he aquí los generales del momento.

García Torres tomó entonces parte más directa en la campaña. El mismo levantó un cuerpo empleando cerca de veinte mil pesos en su equipo y armamento. Dióle el nombre de *Batallón Independencia* y con el grado de